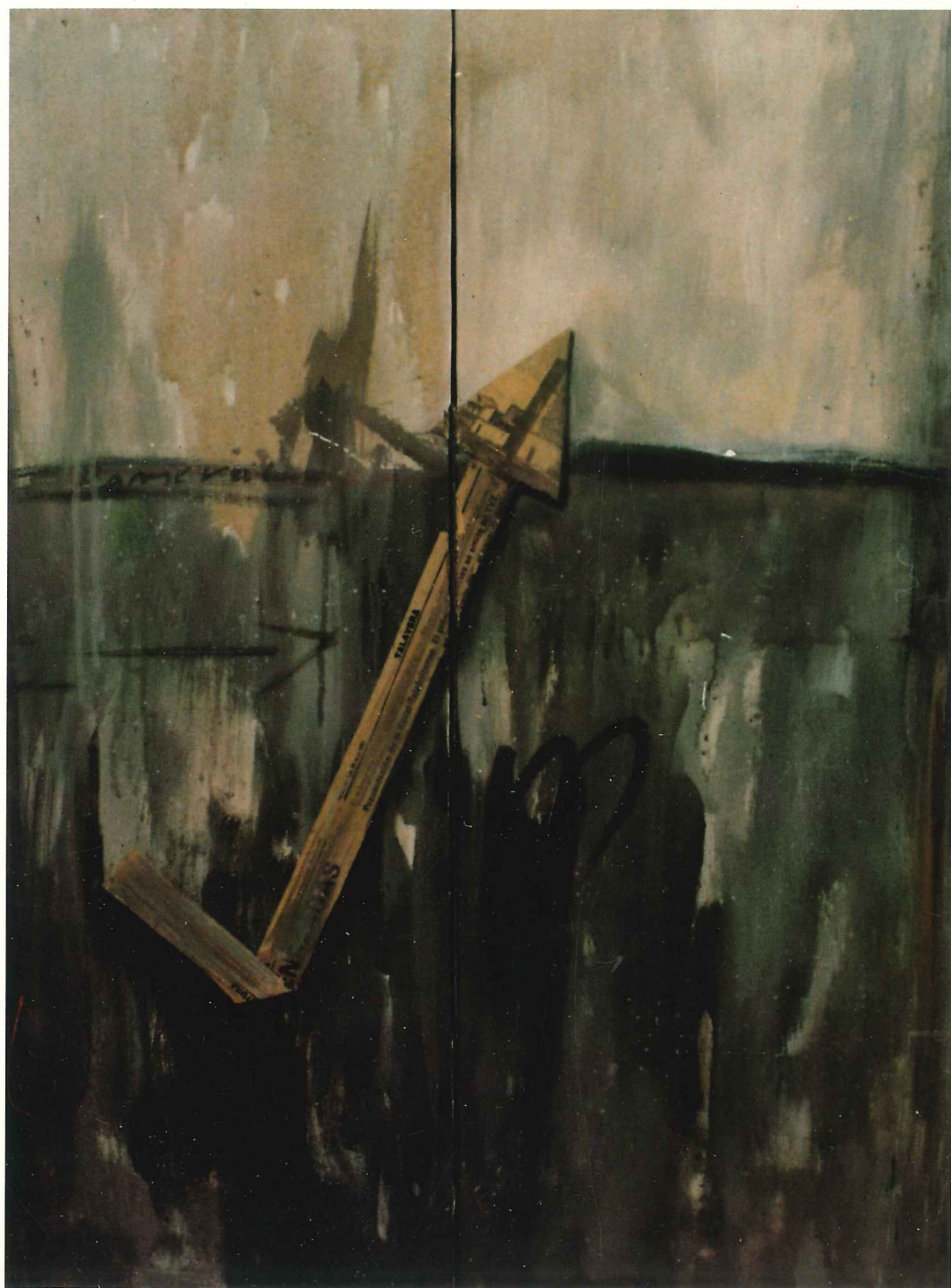


FORMAS PLASTICAS

Revista de Arte - Año IV - N.º 27 - 450 Ptas.



LOPEZ ROMERAL

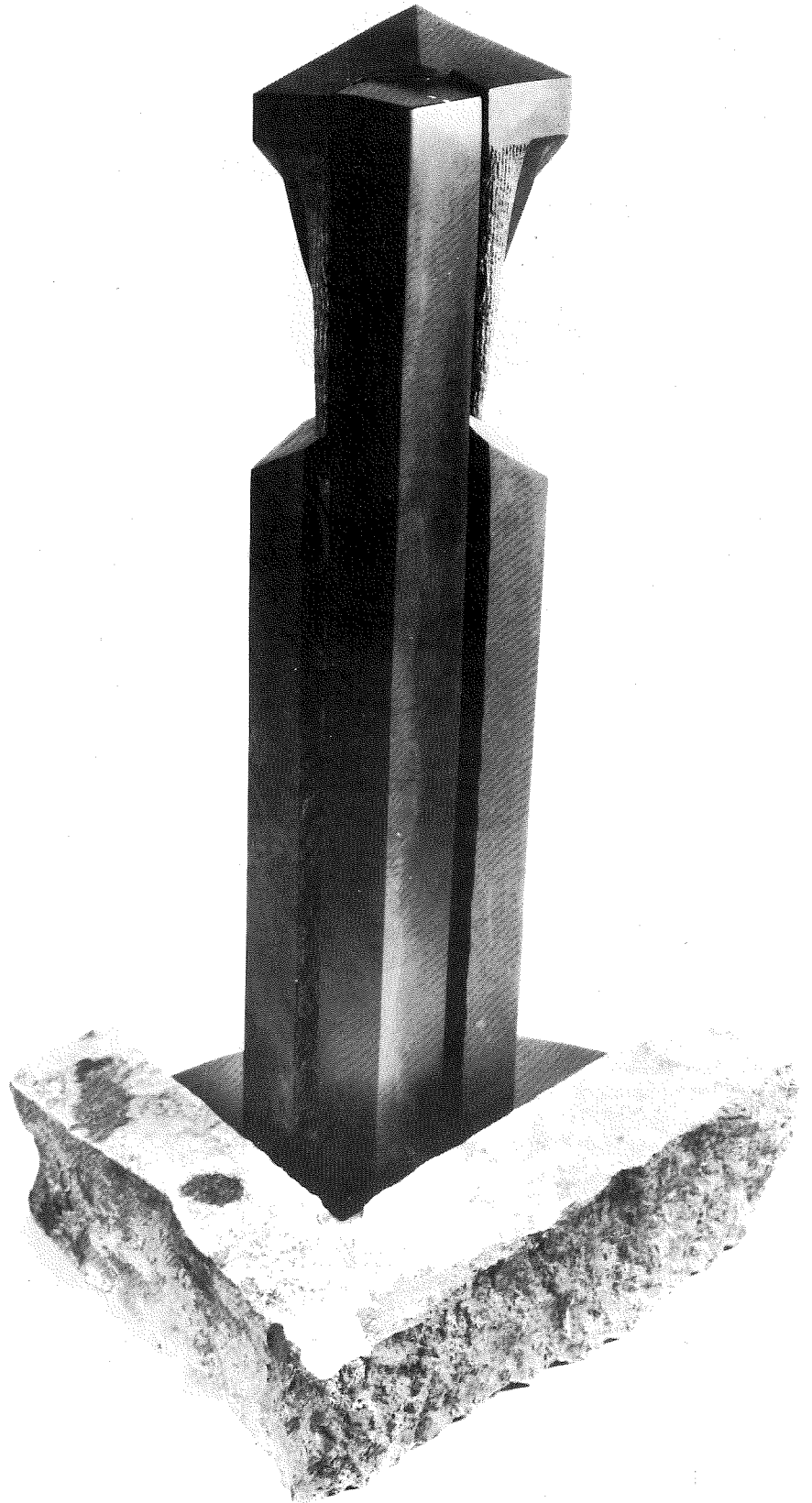
ANDRES FERNANDEZ ALCANTARA: EL AMOR A LA PIEDRA

NURIA I. BLASCO ALMENDROS

Hace pocos meses, Andrés Fernández Alcántara inauguraba en Madrid su primera exposición individual. Y la novedad se convirtió en grata sorpresa al presentar una serie de obras en las que la dimensión expresiva de su material, la piedra, se aliaba a un intenso trabajo de talla variada e inquieta, consiguiendo ambas, piezas de inmenso poder dramático y de exacerbadas emociones, que surgían como un vigoroso grito a la supremacía de la vida humana y de la naturaleza.

Era evidente ya entonces que Andrés sabía captar la infinita y provocativa elocuencia con que la pieza cuenta en su irremediable concepción natural. Pero el hecho de que este artista posea esta capacidad reservada a unos pocos privilegiados, se debe únicamente a un trabajo largo y concentrado, fruto, —eso sí—, de su casi innata vocación por la escultura.

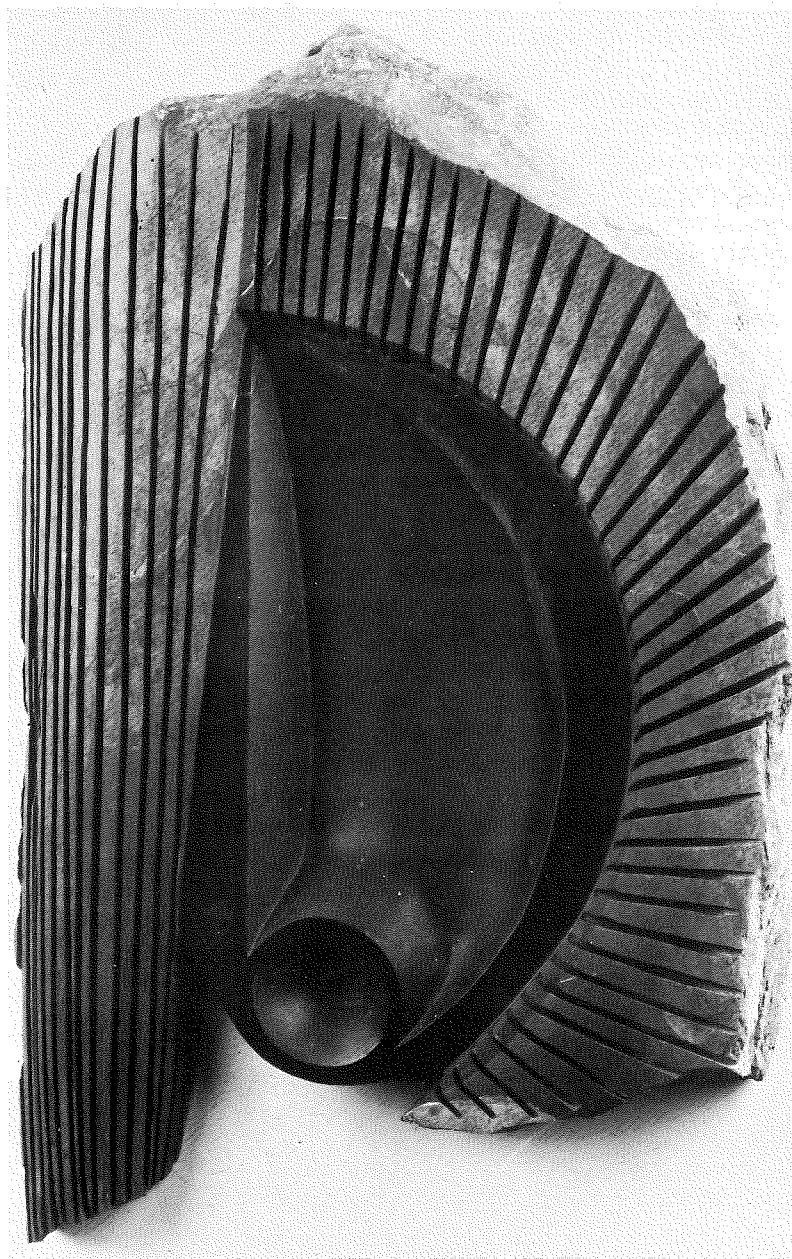
«Cuando era niño ya me distraía tallando maderas con las herramientas que había en un taller de carpintería situado cerca de mi casa», comienza relatando Andrés, que nació en un pueblo de Jaen hace casi veintiocho años. Poco a poco, su afición infantil le fue arrastrando, se convirtió en el verdadero objetivo de su existencia. Y esos esquemas vitales que permanecían esperándole, preconcebidos casi para él, fueron drásticamente sustituidos por su gran pasión: la escultura. Así pues, abandonó Jaén y se marchó primero a Granada para comenzar a trabajar, y después a Madrid, donde logró que el escultor Fernando Paul le acogiera en su taller. Allí fue donde se produjo su inicio en la talla de la piedra, un romance entusiasmado que continúa incolume hoy. Pero el aprendizaje fue terriblemente duro, casi patético, a las



órdenes de Paul de quien habla con un increíble respeto, afirmando con orgullo que «yo he tenido la suerte de no tener un profesor, sino un maestro». Y a fuerza de sudar, de romper sus primeras y menos privilegiadas obras, de tallar a la luz de una vela para aprender después la diferencia existente con la sensación que produce el sol, el artista fue conquistando, poco a poco, el fascinante secreto de la piedra, su fuerza, su expresión. Por eso, en su trabajo el mayor acierto se produce en que sus obras pueden expresar por sí mismas lo que él ha planteado en su concepción mental y lo que el material insinuaba en su estado inicial. Y parece extraño, pero casi se podría adivinar en ellas una altivez desconcertante, una sensación de que se encuentran agradecidas a ese trabajo excelente de alguien que, a fuerza de entrega, ha llegado a conocerlas bien.

«Es fundamental respetar la ley de cada piedra. La ley y su lenguaje», comenta Andrés. «No hay más remedio que someterse a su dominio. Cada una de ellas es como un melón cerrado, hay que abrirlas y dejar que se descubra por sí mismas». Tremendamente apasionado tanto en su trabajo como en su forma de hablar, la mirada del artista se pierde de vez en cuando mientras sus manos fuertes gesticulan vivamente. Entonces parece tener el mismo vigor que sus rocas. Después, cuando acaba, se calma, sonríe, y su mirada regresa dulcificada, para volver a apasionarse después: «Pero lo que más me impresiona de ellas es su arcaísmo, el saber que tienen millones de años, que son la acumulación de siglos y siglos, que son la vida». La perfección de algunas piedras ha impedido en ocasiones que Alcántara realizase su labor artística. «A veces me he sentido empequeñecido ante una piedra en la que la naturaleza ha trabajado durante millones de años dotándola de gran belleza. Entonces no he tenido más remedio que preguntarme que quien era yo para meterme dentro de ella, para variar su forma. Así es que no la he llegado a tocar».

Pero la concepción artística de Alcántara responde en general a ese gran respeto por la naturaleza como razón de ser de todo lo que le rodea, que posee. «Pienso que todo tipo de arte debería competir de una forma u otra con la naturaleza, aunque a veces eso no se debe hacer, y lo máximo a lo que se puede llegar es a aliarse con ella, y a saber introdu-



cir en la obra un elemento que no entre en choque, porque ese choque en sí sería malo, crearía una distorsión no apropiada».

Andrés suele utilizar en sus obras piedras de Catalorao y Colmenar, y como en sus piezas, especialmente en las últimas, es fundamental la variación de texturas conseguidas, se encuentra en continua experimentación con los ácidos. «Son una herramienta maravillosa y me dan la posibilidad de hacer esas texturas que muchas veces no se pueden apreciar visualmente, pero que tienen gran importancia en el conjunto de la expresión total». Andrés desea que sus esculturas se puedan tocar, que la comunicación entre el hombre y ellas no se haga solamente con la vista. Y, por medio del tacto se des-

cubre, efectivamente, la riquísima combinación de las diferentes texturas que, junto con volúmenes y juegos de luces y sombras, se han producido en sus más recientes creaciones. «Lo que más me gusta del Catalorao es el color negro uniforme que me da. La piedra de Colmenar, sin embargo, está llena de hoquedades. Trabajando con ellas se puede conseguir una gran expresividad, aunque se rompan con más facilidad».

Las últimas piezas del artista, elaboradas en un cortísimo periodo de tiempo porque su pasión creativa le lleva a estar horas y horas encerrado en su taller, ofrecen algunas diferencias con las que presentó en su primera muestra en solitario. En ellas, el expresionismo y el dramatismo inicial se han suavizado, se han sus-



«Pienso que en mi caso la creación no es líneal, no se plantea desde un punto de vista de estadios, pues a veces en mi mente se pasa repentinamente a un estadio interior. En mis últimas obras el expresionismo ha dejado poco a poco un estudio más marcado de los volúmenes, pero con una estructura más constructivista, más exacta. Mi lenguaje ha variado, aunque yo siempre he tendido hacia la simplicidad de las formas».

tituido por una concepción más mental, pero también por una presencia más poderosa. Una aureola de gran intensidad llamativa ilumina a las últimas piezas como «El vigilante», «Busto de un soldado», o una deslumbrante figura femenina que posee ese halito indescriptible que adorna a toda gran obra. Sin embargo, él no cree que su cambio se deba a una evolución continuada, sino que piensa que corresponde a un proceso muy personal, envuelto en algo a lo que llama «el desequilibrio», que marca su forma de trabajar. «Pienso que en mi caso la creación no es lineal, no se plantea desde un punto de vista de estadios, pues a veces en mi mente se pasa repentinamente a un estadio anterior. En mis últimas obras el expresionismo ha dejado poco a poco un estudio más marcado de los volúmenes, pero con una estructura más constructivista, más exacta. Mi lenguaje ha variado, aunque yo siempre he tendido hacia la simplicidad de las formas». Pero, consciente de su realidad, afirma muy dignamente que sólo ha dado los primeros pasos en su trabajo: «Para nada he formado aún la base de lo que yo quiero llegar a hacer».

Brancusi, casi todo le sorprende y le motiva, todo le interesa, y también los más recientes movimientos espaciales como el minimal, pero de momento no siente la necesidad de trabajar más cercanamente con él. «Sí, por supuesto que el minimal me interesa por sí mismo, como aportación al concepto de estructura espacial. Pero, la verdad es que por ahora no deseo trabajar con materiales tan deshumanizados, tan industriales y artificiales como aquí se utiliza. Me encuentro más motivado por el acercamiento con lo que es natural, más orgánico».

Pero ese elemento mental que se ha introducido poderosamente en su obra más reciente, parte sobre todo de un choque continuo de ideas y búsquedas al que Andrés Fernández se enfrenta continuamente en su trabajo, y que supone la dinámica que posiblemente le propondrá convertirse en uno de los escultores más innovadores, sorprendentes y provocadores de nuestra escultura. «Debo decir que para hacer mi trabajo muchas veces es mejor no ser muy consciente de ello. Yo me muevo continuamente en el desequilibrio, porque es el desequilibrio el que me aporta la duda. Sí, trabajo con la mente,

«Por supuesto que el minimal no interesa por sí mismo, como aportación al concepto de estructura espacial. Pero, la verdad es que por ahora no deseo trabajar con materiales tan deshumanizados, tan industriales y artificiales. Me encuentro más motivado por el acercamiento con lo que es natural, más orgánico.»

Así pues, lo que en el futuro vaya surgiendo en la obra de este autor será la continuación misteriosa de la sorpresa que su aparición ha supuesto en el panorama escultórico nacional. A pesar de ello, ya ha escogido una dirección, unas pautas. Adora terriblemente la obra de los antiguos, griegos, egipcios..., habla con admiración mística de Miguel Ángel y

elabora un boceto antes de comenzar a tallar, pero al principio, cuando comienzo, se produce la duda, y eso es un momento fundamental, porque me conduce a un espacio de continua revisión, de continua reflexión. Y eso solamente acaba en un momento, el instante en que finalizo la obra».